

SUSCRICION EN MADRID.

Por tres meses. 8 rs.
Por la duracion de un ministerio. 29

REDACCION Y ADMON.

calle del Prado, núm. 19, bajo.

Director: Mariano Chacel.



SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Por tres meses. 8 rs.
Por la duracion de una moda. 30

NUMERO SUELTO.

DOS cuartos.

La correspondencia

Al Administrador.

Los cantares que yo canto—de mí alma son el eco;—alegres, si alegre estoy—y tristes, si penas tengo.—A. SIERRA 1

LA ENTRADA DE AMADEO I

CONTADA POR MI LAZARILLO.

¡Ah, por fin has vuelto!

—Pero no la casaca, maestro.

—Cuéntame, que tengo hambre de noticias.

—Pues vaya V. poniendo la mesa que traigo muchas.

—¿Vino?

—¡Vino!!

—Tu vino me se ha vuelto vinagre, muchacho.

—No haber llenado el vaso tan pronto, que yo hubiera dorado la pildora.

—¡Para qué!... Comienza tu relato.

—¿Por la punta?

—Por donde quieras.

—Corriente: encendí una punta, me encaramé en la rama mas alta, á estilo de pardillo, y esperé como una media hora. La Alameda del Botánico estaba fria y yo no tenia mas que un cuarto de aguardiente de calor; sin embargo, no codiciaba la *capa* de nieve con que se abrigaba el suelo. Pasaron el ayuntamiento *popular*, la Diputacion provincial, el Consejo de Estado, el Almirantazgo, los miembros de los Tribunales supremos, los jueces y magistrados vestidos con toga y camisa limpia; gran número de altos y *bajos* funcionarios de fundicion, comisiones de diferentes cuerpos y almas, S. A. el Regente, los ministros de la Gobernacion, de Hacienda, de Ultramar, de Gracia y Justicia, los gobernadores civil y militar, el capitán general, en fin, todo eso que *pasa* en los grandes pasos.

Despues que *pasaron*... como si fueran moneda corriente, decreté incorporarme al estado menor del último y por sus mismas herraduras, sin tropezar la nieve, llegué á el anden del Mediodía: allí habia artilleros que no pude distinguir si eran de ejército, y cazadores que no supe diferenciar si eran milicianos. A las dos llegó una máquina piloto, como quien dice, los batidores, y momentos despues el tren real. Permitame V. que haga dos minutos de parada.

—Prosigue.

—En el tren venian una compañía de cazadores de Barcelona, los *disputados* de la comi...sion, el ministro de Estado, presidente del Consejo de ministros y ministro interino de la Guerra, todo en un pedazo, los ministros de Fomento y de Marina, y S. M. el rey, á quien me fué fácil reconocer por ser el único erguido entre tantos encorvados. En el anden le recibieron, ó *recibió*, á los ministros y autoridades dichas, montó á caballo y se puso en marcha. ¡Oh, qué hermoso! ¡qué brazos! ¡qué gallardía! ¡En mi vida he visto una estampa igual!

—¡Muchacho!

—La verdad en su punto; no puedo menos de confesar que era un magnífico alazán tostado, el que montó S. M. Le acompañaban los generales duque de la Torre, Izquierdo, Córdoba, Sanz, Oribe, Gándara, Echagüe, Iriarte, Cotoner, Jovellar, Serrano Bedoya y ¡Concha!

—¿De qué te admiras, Manuel?

—¡Perdone Vd.; cosa de chicos!

—Hay *cosas* de las que no se debe de admirar nadie, y esa es una. Prosigue.

—Topete calbagaba á la izquierda del

rey, Izquierdo á la izquierda de Topete, los demás á la izquierda de Izquierdo; lo; mendigos memorialeros á la izquierda de la dignidad, y yo delante de los de atrás. en esta forma llegamos á Atocha, donde nos detuvimos los de á pié, y se apearon S. M. y el Regente con el objeto de hacer una visita á Prim. El rey dobló la rodilla delante del catafalco y permaneció algunos segundos contemplando el cadáver.

—¿Sabes si le dijo algo?

—No lo sé; pero le sospecho.

—Continúa.

—Terminada esta misa, la comitiva emprendió su marcha.

—Permite que te interrumpa. ¿Con qué marcha?

—Con cualquiera, maestro: no habia marcha fija: unas bandas tocaban la antigua, otras una marcha fúnebre, otras las folías; pero la mas general fué aque- llo de

Me atrevo á conquistar las targarinas,
Tran larun lan lun lan lan larero
Con las barbas de un barbero,
Si me lleve á incomodar.

—¡Jesús, que murga!

—Ha sido un descuido del gobierno: yo grité: ¡Barba azul! ¡Barba azul! pero fueron tan desatentos, que me arrimaron una punta en el mismísimo... instante que me inclinaba para coger otra que tiró un miliciano.

—Adelante.

—Pues como decia, ellos se encaminaron por el salon del Prado á las Córtes; y yo, que conocia de antemano la carrera, me guardé los zapatos en el pensamiento, y dime tal maña á patinar,

que llegué dos minutos antes que Su Magestad al Congreso.

—¿Pero tú te detendrías en la plaza de Cervantes?

—Ele olo Bartolo: otros mas cursis se sentaron en los escaños: yo tuve por conveniente *escurrirme* en la tribuna de orden.

—¿Y qué viste?

—Mas que un lince: primeramente, Serrano leyó *su papel*, y... tabló; luego un señor muy Llano y Persi leyó la Constitución á S. M. y á los demás, por si *la habian olvidado*, le tomamos el juramento: dijo: *si juro, si juro*, Olózaga lloró amargamente; Martos se limpió los lentes y Ruiz Zorrilla estrechó amorosamente la esquila: salió el rey; *se salió* Ros de Olano; desfilaron los *constituidos*, y terminaron las Constituyentes.

—Pero ¿cómo lograste entrada en la tribuna?

—Sin la menor dificultad; me tomarían por un niño de coro y, ¿quién se opone al entusiasmo del pueblo? Dígalo sino un pobrecito escribiente que se puso ronco de gritar: «¡Viva Amadeo II! ¡Viva la memoria de Prim! ¡Viva su esposa y toda la familia! Abajo los consumos!»

—¿Y tú qué le digiste?

—Nada, aproveché su *entusiasmo* y me senté con mucha candidez sobre su sombrero de copa, cosa que luego sentí, porque le hice migas al pobrecillo una sardina, un panecillo y una credencial de 3.500 rs. que tenía dentro; todo sin querer, por supuesto.

—¿Y despues?

—Despues, el rey y la comitiva nos dirigimos por el Prado al palacio de Buena Vista, con el objeto de visitar á la afligida vinda del general Prim: yo no subí porque no puedo ver lástimas.

—Lo supongo, prosigue.

—Bajó S. M., tornó á montar en el caballo que Manolito Alvarez le tenía de la brida, y enseguida nos pusimos en marcha por las calles de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor y plaza de la Armería, hasta palacio, á cuyo punto llegamos á las cuatro.

—¿Y qué de notable hubo en la carrera?

—¿En la carrera? lo de siempre; muchos curiosos y bastantes señoras á los balcones, que agitaban sus pañuelos bordados á croché.

—¿Y qué mas?

—Un recuerdo mio.

—¿Cuál?

—Una puerilidad; cuando pasabamos por el principal, estuve por aproximarme á S. M. y decirle al oído, «oiga, hace algunos meses cuando pasó una célebre manifestacion republicana por estos sitios, uno de los *generales* (y tan general)

que llevas en tu escolta, gritó frenético de entusiasmo:

¡¡¡Viva el pueblo rey!!!

—¿Y por qué no lo hicistes?

—Porque no tengo mas que este pellejo y me hace falta.

—Corriente: ¿Y en palacio?

—En palacio me mantuve á una respetable distancia, iba descalzo y allí no permiten la entrada á los de mi comunión. Me encaramé de nuevo en otra rama de la plaza de Oriente, encendí otra cola y me puse á filosofar de esta manera: ¡Ya está allí! ¡Oh nécia humanidad! y cuán susceptible eres del error; hace algunos dias se leía á diario en las columnas de un periódico *NO VENDRÁ, NO VENDRÁ, NO VENDRÁ* y por fin vino, vino, vino... y al mismo tiempo pasó Rivero: varios muchachos quisieron imitarme para ver mejor á ese gigante, y comenzaron á trepar por el árbol que me servía de observatorio. ¡No subais, les prediqué,—considerad que la rama que me sostiene es muy delgada y todos vamos á hacer volatines!—Pero los chicos no hacían caso; insistí,—como si no, trepar que trepar;—mirad que os va á suceder lo que al *iniciador de esta fiesta*;—nada, sube que sube, y ¿qué había de suceder?

—¿Caisteis?

—No señor, cayeron; yo di un salto y les abandoné la rama y el peligro.

—¿Y qué más?

—¿Le parece á Vd. poco? ¡Pedir más es gollería!

M. CHACÉL.

UN PENSAMIENTO DE ORO.

Pues señor, fuerza es variar de política; las circunstancias han cambiado mucho; el oficio está cada día peor; un resbalon en estos tiempos resbaladizos podría conducirnos al Saladero, cosa que no tiene maldita la gracia. Y despues de todo, ¿para qué? La sociedad se puede gobernar sin nuestra ayuda y si se empeña en que sean erres, nunca serán aches, porque no y porque vinieron los Sarracenos, que son las dos razones que tengo mas á mano.

Basta ya de predicar en desierto, basta de inútil esposicion, basta de ayuno y de abstinencia, el delicioso manjar del presupuesto no se encuentra por esta calle de la amargura; torres más altas besan á estas horas el polvo del servilismo. ¡A la mesa, á la mesa! ¡Al presupuesto, al presupuesto! ¡Abajo la buena fé! ¡Mueran los mártires! ¡Viva la Pepa!

Toda esta monserga bullia en mi pensamiento, cuando Manuel se presentó á la puerta de la buhardilla, haciendo tales extremos de alegría, que temí hubiese perdido el juicio: tiró el puche-

ro, la guitarra, el cántaro y la silla, y con esto he dicho que echó á rodar todo el ajuar. ¿Qué ocurre? le pregunté sobresaltado.

—¡Rico! ¡Ya es Vd. rico! ¡20.000 duros con bien poco trabajo! ¡Qué idea, qué magnífica idea! ¡Es un gran pensamiento, un verdadero pensamiento de oro! ¡Qué dicha, yo estoy loco!

—Mira muchacho, por si acaso no lo estás, serénate y procura explicarte claro antes que me contagies á mi.

—Ya estoy tranquilo: lea Vd. este periódico; ese suelto lo copian todos y es positivo, no hay engaño, ¡20.000 duros!

—¡Pero, criatura, tu has olvidado que yo soy ciego y que me está prohibido leer!

—No importa, abra Vd. un ojo que bien merece la pena.

—¿Y mi ceguera?...

—No le hace, haga Vd. un esfuerce-cillo que este es un caso excepcional.

—Si te empeñas... «La Revalenta arábica; extracto de...»

—No es eso, mas arriba: aquí.

«Entre los amigos íntimos...»

—Eso.

«del general Prim se ha abierto una susericion para reunir una fuerte cantidad, que se ofrecerá al que descubra á los asesinos del malogrado caudillo.»

»Hasta ahora hay reunidos 20.000 duros, de los cuales un mejicano ha dado 5.000, y algunos otros, entre los cuales los hay adversarios políticos, 1.000 y 2.000 duros cada uno.»

—¡Y bien ya es Vd. rico, yo le regalo esos 20.000 duros!

—¿Y cómo?

—Muy sencillo: Vd. es el delator...

—¡Ah pillo!

—Y yo soy el asesino de Prim.

—¡¡¡Ah miserable granuja!!!

—¡Calma, calma, no hay que echarla por la tremenda, estamos solos, nadie nos oye, y á ninguno le amarga un momio. ¿Quiere Vd. los 20.000 duros?

—¡Dáte preso en nombre del rey!

—Repito que no lo tome Vd. por lo sério.

—¡¡¡Asesino!!!

—¡Quieta la lengua, que yo no soy asesino ni mucho menos!

—¡Luego eres un miserable delator!

—Tampoco, y basta de motes señor Coplero; yo no soy mas que un muchacho agradecido, que quiere sacrificar su vida en provecho de Vd.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo, ¡Que haya un cadáver más, que importa al mundo! Por otro lado, un lazarillo, un pobre granuja descalzo de pié y pierna, bien poco implica en este mundo; yo no tengo padre, ni madre, ni perrito que me ladre y el dejar la existencia me es mas fácil de lo que á muchos les parece; conque escuche

Vd. mi plan: Vd. vá, me delata y dice que yo soy el asesinillo de Prim, que quizá no valga para asesino formal, le dan á Vd. enseguidita los 20.000 del pico; en cuanto á mí, vienen, me prenden, me propinan dos tirillos, y andando. Vd. se queda rico, yo me ahorro de pasar hambre y frío y hacemos de providencia condenando á vivir en el mundo al verdadero criminal, pasan ocho días, me dice Vd. una misa de á 6 rs., pasan otros ocho, echa Vd. en el talego del olvido al pobre Manuel, se compra Vd. un palacio y una burra y, á vivir.

—¡Calla, muchacho, calla, que pudieras aprovecharse de tu idea algún suicidal...

—¿No acepta Vd.?

—Calla y temple la guitarra. ¿Tengo yo cara de delator?

—¿Cuando uno es tan pobre!...

—Templa la guitarra y vámonos á la plazuela, que aun nos restan muchas coplas que cantar.

—Repáre Vd. que está el piso muy resbaladizo, y que nuestras canciones...

—No importa, ya nos tenderán la mano si caemos; es preferible caer pobre que levantarse servil y apóstata.

—S. M.... nos guardará rencor...

—Amadeo I es nuestro hermano.

—Pero Concha es nuestro suegro, y está en el poder.

—¡No importa! Temple, temple, muchacho, vamos á la plaza: descalzo y todo aun puedes erguir la frente entre la multitud, cuando me veas flaquear atizame un palo, y si alguna vez resbalias agárrate á la bandera.

¡A la plaza!

¡Al Calvario!

M. CHACEL.

UN DRAMA HORRIBLE.

(Continuación).

V.

Hay necesidades en la vida contra las que el hombre no tiene fuerza moral ni física que oponer, y no le queda otro medio que acatar los altos misterios de que el Ser Supremo en su impenetrable sabiduría dispuso rodear su obra.

Cualquier nacido se puede pasar, diez, quince, veinte meses sin comer; se entiende, almorzando fuerte y no cenando flojo, con tal de merendar regularmente y de tomar las once con un plato de truchas ó perdicés; cualquier mortal puede resistir todo un invierno de completa desnudez, suponiendo que guarde cama, y cien mil otras adversidades de la suerte; que si bien sirven para poner á prueba nuestras virtudes, no por eso dejan de ser llevaderas y tolerables, hasta cierto punto.

Un hombre sin necesidades sería el ser perfecto de la creación.

¡Cuántas veces bajo el despótico dominio de una imperiosa necesidad hemos abandonado nuestras mas brillantes empresas!

¡Cuántos no deben su ruina á la brutal exigencia de una necesidad!

Cuántos no perdieron su dicha al satisfacer una necesidad!

¡Cuántos no sacrificaron sus esperanzas de infinitos años á una necesidad del momento.

D. Quijote de la Mancha vino al mundo porque Cervantes tuvo necesidad.... de describir el original tipo del hidalgo.

El general Colicangoartuh, célebre por su descubrimiento de los botones de nacar, se dejó herir en un desafío por la imperiosa necesidad de hacerse las cruces de ordenanza en la boca para bostezar.

El ingenioso Quevedo, perdió por dos veces sus monedas por la extraña necesidad de llevar los bolsillos rotos.

El gran Carlos V. dejó caer en una ocasión solemne el cetro de las manos por la perentoria necesidad de llevar las dos á una pantorrilla en persecución de una pulga.

Sin ir tan lejos; Adán tuvo la tristes necesidad de dejar empuñada su capa en el paraíso para cubrir nuevas atenciones al ser arrojado de él por su Criador; cosa de tanta mas trascendencia cuanto que nunca jamás pudo volver á desempeñarla, cuyos réditos son los que venimos pagando sus descendientes.

Por lo demás, las casas de préstamos son de moderna invención.

Platon... pero basta de comparaciones y necesidades y volvamos al callejón del Perro.

El hombre terminó su tarea, se encorvó maquinalmente como se acostumbra en tales casos y prosiguió su camino.

VI.

Hay en el mencionado paraje, una casa de mediano aspecto, sobre cuya puerta de entrada se lee en gruesos caracteres trazados sobre una tableta de tres palmos de ancha y media vara de larga, sostenida en la pared por un clavo de cabeza gorda «CALLOS Y CARACOLAS» y en otro renglón «seguisa de comer con aseo y limpieza.»

Pero esto nada tiene que ver con nuestro drama.

VII.

Suponemos al lector impaciente por conocer á nuestra personaje.

La impaciencia es uno de los defectos que mas afligen á la humanidad.

Una persona impaciente es una molestia en cualquier parte que se encuentre.

Nosotros sabemos de un imberbe que perdió los pañales y el fajero por impaciencia de atrapar la cartera de Estado.

El fastidio sobrevino luego á esta infantil impaciencia como era de esperar.

Suele acontecer que los impacientes consagran muchas horas de su vida á codiciar un objeto cualquiera para cansarse de él y arrojarlo lejos de sí en el cuarto de hora siguiente de poseerlo.

La impaciencia es generalmente la principal causa de la precipitación.

La precipitación es la que produce las mas veces los mayores cataclismos.

Calióptero, célebre geógrafo conocido universalmente por sus estudios sobre el estornudo, opinaba que nadie debe ser impaciente ni aun para morirse.

Y á propósito contaba una curiosa anécdota ocurrida á un ascendiente suyo por parte de la madre, del tío, del abuelo de su suegra, de la cual no queremos privar á nuestros lectores.

Pero bien merece capítulo aparte.

(Se continuará.)

PALOS DE CIEGO.

A S. M. le viene la casa grande; y ha dispuesto se cierren algunas habitaciones.

Con tal que no quede incomunicado el comedor para la gente del progreso, todo irá á pedir de boca.

* *

P. ¿Qué cosa es progresismo?

R. Un apetito desordenado de comer y beber.

P. ¿Y entonces, qué cosa es gula?

R. Una pasión que predomina entre las ordas progresistas.

P. ¿Adónde les conducirá?

R. Dios lo sabe; por de pronto al descrédito mas ridículo que jamás fué conocido en ninguna fracción política, y eso que las hay de las de ayúdeme V. á sentir.

P. ¿Y adónde nos conducirán sus torpezas?

R. A San Bernardino, si no ocurre antes un nuevo diluvio.

* *

Prim entró en Madrid despues de su emigración, el día 7 de Octubre de 1868.

El entusiasmo de los españoles no tuvo límites.

* *

¿Qué te ha parecido el nuevo monarca?

Una perla de valor de 30.000.000, encerrada en una concha, ¡pero qué concha!

* *

Tenemos entendido, que el miliciano que estrechó la mano del rey al entrar en el Congreso, piensa conservar toda su vida en la muñeca aquel favorecido miembro, para perpétua memoria de tan fausto día.

* *

.....—Si me permite, yo tendré las bridas del caballo.

—¡Oh, si juro!
 —Digo, que teneis aquí una motita en el pantalón.
 —Juro, juro.
 —¿Quiere... que le ponga la mano para que baje con mas comodidad...?
 —Juro.
 —Cuidado, vaya por la derecha, que á la izquierda hay barro.
 —¡Oh, juro, juro, juro!
 —¡Verdaderamente es una desgracia que no haya aprendido mas que esa palabra!

* * *
 —¡Si este balcón fuera nuestro!...
 —¡Ah, ya lo creo; estas son mejores vistas que las de la calle de la Comadre! Pero si Dios nos da vida y salud, creo que con *estas cosas* pronto hemos de ascender á 4.000 reales, y entonces ya verás, ya verás;
 —Córrete *pa' ya*, que se va á asomar tu oficial primero.
 —¡Ejem, ejem, ejem, ejem, ejem, Ejeeem!
 —¿Pero qué te da; te ahogas, ó qué es eso?
 —No; es que ya se acercan, y quiero dar un viva claro.

* * *
 —¡Magnífico balcón!
 —¡Magnífico!
 —¡Esfertivamente que es magnífico!
 * * *
 —Déjame el pañuelo, que estoy muy *conssstipado*.
 ¡Suuuum! ¡Suuuum!
 —Déjomelo Vd. á mí tambien, que estoy muy *costipado*.
 ¡Suuuum, suuum!
 —¡Corre, corre, date prisa á devolucionármelo, que ya pasan y lo voy á sacudir.
 —¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Socorro!!!
 —¡Ay mujer, que *virgüenza*, quítate del balcón!
 —¿Pus qué pasa?
 —¡Casi *ná*, *endina*, casi *ná*, que has *tapao* un ojo á aquel *birgadiel da caballo*!

* * *
 Y dijo el tiempo:—Nieve.
 Y dijeron los españoles:—Nieve.
 Y dijo el otro:—¡Pues hagamos una bala, y de lo caído algo cogido!

* * *
 —¡Señá *Gacinta*, señá *Gacinta*, no colga Vd. la sábana al balcón, que ya pasan!...
 —No, mujer, que está sucia.
 —¡Toma! ¿Y qué sabe nadie si se ha pinchao Vd. un dedo al *cuelgarla*?

* * *
 Por más que se asegura de público que el premio grande de la lotería de Navidad se ha repartido en Barcelona, nosotros opinamos que donde ha caído el *gordo* es en Madrid.

HISTÓRICO.

La escena pasa en la plaza de Prim (hoy de sus herederos).
 Un prestidigitador-saltimbanquis-den-

tista-médico-cirujano-horador-profeta-músico-cómico-sastre-comadron y otras muchas cosas, es el que lleva la voz cantante en medio de un numeroso público *compuesto de simples*.

En medio del corro se ven un sin número de pájaras de papel, que son otros tantos prospectos, un cajón con *muchas pelotas*, varios frascos de un unto que el hombre panacea titula «Elixir de la salud», un cáliz de cartón, dos barajas, un aparato de cualquier cosa, algunas cajitas como de píldoras, etc., etc.; todo colocado en desórden sobre algo parecido á una manta.

En primer término se ve á un granuja, complemento del director de la *juerga*.

¡Señores! —dice el hombre ómnibus— mostrando al público una de las cajitas, y sacando de ella dedilmente un betun extraño: ¡Caballeros! ¡Señoras! ¡Amado público! Aquí os presento en esta pequeña caja de cartón, el producto de todos mis conocimientos, mi célebre unguento «Truppftinch», el fruto y recompensa de largos años de estudios y asiduas cavilaciones: las cualidades de este unguento son universalmente conocidas; á él le deben difícilísimas curaciones multitud de desesperados, que despues de agotar toda la farmacopea y caudales de que disponian, compraron el día antes de suicidarse mi precioso específico: cura la tisis, la sarna, la morriña, el muermo, los sabañones, la pituita, el flato, los callos, ojos de gallo, males escrofulosos, dolores de hígado, de higadillo, de muelas, de torozon, de oídos, de estómago, denticiones, escrófulas, caraliagaistigas, que es una enfermedad inglesa que consiste en la inchazon de la vena caba y el fémur; las gastralgias, el hipo, etc., etc.

Esta *cagita con su contenido*, que hay para muchos años, si no se gasta, la vendo al ínfimo precio de medio real, y tengo la seguridad de prestar un gran servicio á la humanidad doliente, única por quien sacrifico mi existencia, y á quien consagro especialmente mi medicamento.

Para que no dudeis de las virtudes que llevo expuestas, y que todos los sabios del mundo han convenido en conceder á mi específico, voy á proporcionaros un caso práctico. ¡Ola, granuja! ¿Qué te duele á tí?

El granuja avanza y espone la boca al sabio, al paso que exclama:
 La rabadilla.

Corriente, á este muchacho que tengo el honor de presentar al *ilustrado* público le duele la rabadilla. ¿No es cierto, El granuja por lo bajo y temblando.

—Si señor.
 —¡Más alto, que te oiga el ilustrado público!

—Si señor.
 —Muy bien: quítate un zapate.

El muchacho obedece.
 —Perfectamente; ahora trágate mi medicamento con caja y todo, enjuágate la boca con saliva y dá sesenta *pata-das* en el suelo con el pié descalzo.

La víctima lo ejecuta, tardando en la operacion tres cuartos de hora durante los cuales el *público* ilustrado hace todo género de comentarios favorables al unguento brujo.

—¿Se quitó ya el dolor?
 El paciente no pudo hablar por tener

pegada la lengua á la caja y ésta al cielo de la boca.

—Ha dicho que sí, señores ¿Quiere alguno mas pasar á operarse?

Avanza un hombre chiquitillo con gorra de miliciano.

—¿Qué dolencia le aqueja á V?

—Un escorbuto.

—Eso no es nada: bájese V. los pantalones.

—Pero señor, ¿para qué si el escorbuto le tengo en las encías.

—¡Hombre! ¿Y por qué no lo ha dicho Vd. antes? Abra Vd. la boca.

—Ya está.

—Mas.

—¿Así?

—Bueno.

El comadron le frota y unta á su sabor diente por diente y muela por muela por espacio de veinte minutos.

—Bien, ahora meta Vd. la cabeza en esta herrada de agua.

—El miliciano obedece y esclama.

—Que más.

—Tráguese Vd. el contenido de estos diez y siete frascos. Perfectamente. ¿A qué le ha sabido á Vd?

—A pecina, ¿y ahora qué hago?

El saltimbanqui, estupefacto en presencia de aquella muestra rara de estúpido servilismo, se encaró con su víctima, y le preguntó:

—¿Eres miliciano?

—No señor, lo he sido.

—¿Cuántas veces te han desarmado?

—Diez y seis y va *pa* la diez y siete.

—¿Qué más quiere Vd. que haga?

—Levanta una *pata* que te voy á herrar.

—¿Cuál, la izquierda ó la derecha?

COPLA FINAL.

Por mucho que te compongas
 Y por mas mimos que me hagas,
 No esperes nunca el amor
 De quien te dió calabazas.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores corresponsales de provincias que nos hicieron segundo pedido del número anterior, nos dispensen si no pudimos complacerles, pues habiéndose deshecho las formas en el mismo día que les remitimos los primeros paquetes, creimos no llegarían con oportunidad en el caso de una nueva tirada.

Con este número mandamos el aumento de ejemplares á los que le solicitaron, dentro de la anterior semana; y en la misma forma seguiremos sirviendo los pedidos en adelante; de manera que los corresponsales no recibirán mas que un solo paquete de cada concierto.

A los suscritores cuyo abono termine en este número, les agradeceremos le renueven oportunamente, con el objeto de que podamos imprimir las fajas para lo sucesivo.

MADRID 1870:

IMP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. ALVAREZ,
 calle de San Pedro, núm. 16.